

Metafísica descriptiva y análisis conceptual en el pensamiento de P. F. Strawson

Descriptive Metaphysics and Conceptual Analysis in the Thought of P. F. Strawson

Por: Víctor Hugo Chica Pérez

Instituto de Filosofía
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia
vchica@une.net.co

Fecha de recepción: 12 de marzo de 2009

Fecha de aprobación: 6 de abril de 2009

Resumen: *El propósito de este texto es aclarar la dirección, los alcances y los límites del análisis filosófico según lo concibe Peter Strawson en Análisis y metafísica. Para el autor el análisis filosófico asume la forma de una metafísica descriptiva, esto es, de una teoría que exhibe cuáles son, y cómo se relacionan, los distintos elementos que componen nuestro esquema conceptual ordinario. Para lograr tal teoría descriptiva se debe adoptar un estilo de análisis que el autor denomina conectivo, cuya meta es identificar cuáles conceptos, al interior de nuestro esquema son básicos o fundamentales. A este fin deberán aplicarse tres criterios: generalidad, irreducibilidad y no contingencia.*

Palabras Clave: Análisis conectivo, conceptos, metafísica descriptiva, filosofía analítica.

Abstract: *The purpose of this paper is to clarify the aim, scope and limits of Philosophical Analysis as conceived in Peter Strawson's Analysis and Metaphysics. For this author Philosophical Analysis takes the form of a Descriptive Metaphysics, namely, a theory that displays which are the different elements that make up our ordinary conceptual scheme, and how they interact. To achieve such a Descriptive Theory a style of analysis that the author calls Connective must be adopted and its goal is to identify which concepts, within our scheme, are basic or fundamental. To this end must be applied three criteria: Generality, Irreducibility and No-Contingency.*

Keywords: Connective Analysis, Concepts, Descriptive Metaphysics, Analytic Philosophy.

La noción de 'metafísica descriptiva' fue introducida por Strawson en su famoso escrito '*Individuos: ensayo de metafísica descriptiva*', publicado por primera vez en 1959. En dicho ensayo afirma que la filosofía, tal y como él la concibe y la pone en práctica, aunque existan otras concepciones legítimas del quehacer filosófico, es una actividad analítico-conceptual con intenciones específicamente descriptivas y de esa misma manera ha sido puesta en práctica por muchos otros filósofos en diferentes épocas¹. Strawson denomina el quehacer filosófico así entendido como una 'metafísica descriptiva', es decir, como un estudio no empírico sino puramente conceptual -por eso el recurso a la expresión 'metafísica'- cuya meta

1 Strawson, Peter F. *Individuos*. Taurus Humanidades, Madrid, 1989, p. 14

es describir sistemáticamente esos conceptos que al filósofo le interesan, en general, los que constituyen el núcleo sobre el que se articula nuestra comprensión ordinaria del mundo y de nosotros mismos. Caracterizar esta metafísica como ‘descriptiva’ tiene la finalidad de diferenciarla de otros estudios conceptuales cuya pretensión va más allá de la pura descripción y que se proponen, por ejemplo, reformular algunos conceptos que ya poseemos o proponer conceptos diferentes y alternativos a los que ya usamos ordinariamente². Esas orientaciones diferentes del proceder filosófico Strawson las denomina en general metafísicas ‘revisionistas’³.

En lo que sigue intentaré precisar algunos límites sobre el concepto strawsoniano de ‘metafísica descriptiva’, apoyándome especialmente en su escrito *Análisis y metafísica*⁴ donde justifica de forma sencilla, aunque sintética, la posibilidad de identificar y describir un núcleo conceptual básico o fundamental, el método pertinente y los alcances de tal ejercicio descriptivo.

1. El método analítico

Strawson comienza su exposición llamando la atención sobre el hecho natural de que todos los seres humanos racionales, capaces de un pensamiento maduro, estamos en posesión de un conocimiento implícito de toda una gama de conceptos e ideas que hallan expresión en nuestro lenguaje. Según Strawson “En nuestras transacciones con el mundo manejamos un bagaje conceptual enormemente rico, complicado y afinado; pero ni se enseña, ni se podría enseñar, a dominar los elementos que integran este formidable bagaje cuando se nos enseña la teoría de su empleo”⁵. Esto se debe a que se adquiere dicha gama de conceptos, y se aprende a trabajar con ella, a través de una enseñanza que es fundamentalmente práctica y en

2 Susan Haack caracteriza muy bien la orientación filosófica de Strawson: “The conception of philosophy which Strawson favors..., is a composite of several elements. One theme ..., is that philosophy should concern itself, not exclusively with the concepts and categories of science, but also with those of other disciplines, and, most centrally, with ‘the structure of our common thinking.’ I shall call this ‘the theme of extra-scientific scope.’ Another is that the central task of philosophy is analysis of conceptual structures and interconnections – ‘the conceptual-analysis theme.’ A third is that this task is to be conducted in a spirit that is descriptive rather than critical..., ‘the descriptivist theme’”. Haack, Susan. “Between scientism and apriorism”, in: Hahn, Lewis. (ed.) *The Philosophy of P. F. Strawson. The library of living philosophers*, Vol. 25. Open Court, Illinois, 1998, p. 52

3 Strawson, Peter F. *Individuos*, *Op. cit.*, p. 13

4 Strawson, Peter F. *Análisis y metafísica*. Paidós, Barcelona, 1992.

5 *Ibid.*, p. 49

gran parte por medio de ejemplos; no obstante, el dominio práctico de nuestro bagaje conceptual no implica que comprendamos clara y explícitamente los principios que gobiernan nuestro empleo de ese bagaje conceptual:

Parece enteramente razonable decir que la posesión, por parte del hablante fluido y correcto de un lenguaje, de estas capacidades de construir, interpretar y criticar oraciones implica la existencia de un conjunto o sistema de reglas que el hablante ha dominado en algún sentido. Esto no implica que construya o interprete conscientemente oraciones a la luz de tales reglas, ni que pueda incluso comenzar a formular tales reglas con cierta aproximación a la plena explicitud... no debemos esperar del hablante fluido y correcto de un lenguaje, precisamente porque lo es, que pueda formular la teoría de su práctica⁶.

Esto se ilustra bien recurriendo a la analogía que propone el mismo Strawson con la gramática. Al aprender nuestra lengua aprendemos toda una gama de ‘reglas’ sobre cómo y cuándo usar los distintos elementos que componen nuestro lenguaje, cómo combinarlos, cómo distinguir los casos válidos de los que no lo son, etc., todo esto de forma práctica, mediante la imitación, los ejemplos y las correcciones pertinentes que conducen, en el curso del tiempo, al dominio, en nuestro caso, del español gramaticalmente correcto. Esto no implica que podamos enunciar los principios y las reglas gramaticales que siempre están en juego cuando hablamos nuestra lengua; en general oímos hablar de gramática mucho tiempo después de tener un dominio satisfactorio de ella. Sin embargo estos principios pueden ser enunciados, y de hecho se enuncian de forma explícita, para entender mejor cómo funciona nuestro lenguaje y tener una visión más clara de lo que subyace a nuestra práctica lingüística cotidiana. Igualmente, continuando con la analogía, es perfectamente posible aspirar a una teoría de nuestro bagaje conceptual ordinario, esto es, a una enunciación clara y ‘sistemática’ de los principios que rigen el uso del esquema conceptual que aprehendemos al aprender nuestro lenguaje. Uno de los propósitos de la actividad filosófica es aclarar ese conjunto de conceptos, apreciar cuáles son y cómo están relacionados, esto es, se aspira a una descripción detallada de nuestro esquema conceptual.

Esta concepción descriptiva del quehacer filosófico, al interior de la tradición analítica, está ligada estrechamente a la obra del ‘segundo Wittgenstein’. Como bien comenta Magdalena Holguín “La metodología diseñada [por Wittgenstein] para llevar a cabo las elucidaciones conceptuales es esencialmente descriptiva, pues no pretende en manera alguna explicar el lenguaje como fenómeno; se limita a examinar los usos concretos de los conceptos y este examen no da lugar a teorías, sino que

6 Strawson, Peter F. *Ensayos Lógico-lingüísticos*. Ténos, Madrid, 1983, p. 150

modifica sustancialmente nuestra comprensión de los conceptos”⁷. Según Holguín Wittgenstein opone al método explicativo de la ciencia su método descriptivo, enfatizando que para el propósito que persigue la investigación filosófica, que es aclarar los conceptos, la descripción ofrece una comprensión más satisfactoria ya que permite eliminar su aparente homogeneidad y apreciar sus características particulares y contextuales, lo que resulta esencial para la comprensión filosófica. “Es aquí donde el recurso a los usos concretos del lenguaje puede apreciarse como una innovación metodológica fundamental”⁸.

Strawson comparte con Wittgenstein esa orientación metodológica pero considera que para describir sistemáticamente nuestros conceptos se requiere de un ‘análisis conceptual’. Él mismo es consciente de lo ambigua que puede ser esta expresión si no se precisa qué entendemos aquí por análisis, ya que esta palabra se ha usado en filosofía de varias maneras; de hecho esta noción ha estado siempre en el repertorio de nociones filosóficas que ocupan un lugar privilegiado, desde la antigüedad hasta el presente; incluso ordinariamente tiene para nosotros distintos usos y significados. Para superar la ambigüedad Strawson ofrece una revisión rápida del concepto de análisis, que ha estado en juego en buena parte de la tradición analítica, el análisis entendido como ‘descomposición’ de lo complejo en lo simple. Según esta perspectiva, una teoría sobre nuestros conceptos ofrecerá una descripción de nuestro esquema conceptual en forma arborescente o piramidal, esto es, identificando y estableciendo prioridades que nos permitan apreciar una jerarquía donde el criterio para la clasificación es la complejidad o simplicidad conceptual. Strawson se refiere a este procedimiento por división o descomposición como análisis reductivo. Para comprender mejor los alcances de la crítica strawsoniana al análisis reductivo intentaré reconstruir esa forma de análisis tomando como caso ejemplar, la doctrina del ‘realismo analítico’⁹ de Bertrand Russell, donde esta forma análisis se expone y se justifica con toda crudeza y sencillez.

1.1. Análisis reductivo

Uno de los intereses de Russell es exhibir la forma esencial como lenguaje y mundo están conectados, esto es, mostrar claramente a qué signos en nuestro lenguaje corresponden determinados elementos en la esfera de lo real. Para Russell, lógica y ontología se compenetran de tal manera que aclaraciones substanciales

7 Holguín, Magdalena. *Wittgenstein y el escepticismo*. Editorial Universidad del Valle, Santiago de Cali, 1997, p. 26

8 *Ibid.*, p. 30

9 Russell, Bertrand. *Análisis Filosófico*. Paidós, Barcelona, 1999.

sobre la estructura de nuestro lenguaje conducen a aclaraciones importantes sobre nuestro mundo de experiencia, y aclaraciones substanciales sobre nuestra ontología pueden ayudarnos a comprender mejor la manera como nuestro lenguaje funciona. Esto es lo que inspira su tesis del ‘realismo analítico’. Según Russell la filosofía es analítica “(...) pues sostiene que la existencia de lo complejo depende de la existencia de lo simple, no a la inversa, y que un constituyente de un complejo es, como constituyente, absolutamente idéntico a lo que él es en sí mismo cuando sus relaciones no se toman en consideración”¹⁰. Se presupone entonces que nos hallamos frente a entidades simples y entidades complejas: “(...) hay en el universo entidades simples, y que tales entidades mantienen relaciones en virtud de las cuales componen entidades complejas.” Consecuentemente con este presupuesto ontológico se introduce otro de carácter epistemológico y es que estamos dotados de una capacidad natural para diferenciar lo simple de lo complejo ya que nos relacionamos cognitivamente de formas distintas con lo uno o lo otro. Así lo simple se nos da perceptivamente, si es un particular, o intelectivamente, si es un universal; a lo complejo llegamos, gracias a la mezcla de percepción e intelección, a través de una descripción, en la que se detalle cuándo un elemento es constitutivo de algo complejo y qué relaciones guarda con otras partes en el todo. Para tal comprensión “es necesario buscar los elementos simples de los que se compone lo complejo, y que las cosas complejas presuponen las simples, mientras que las cosas simples no presuponen las complejas”¹¹.

Desde esta concepción, el análisis tiene como meta obtener una visión clara del mundo o de la realidad, en términos de los elementos últimos que lo constituyen y de la manera como esos elementos se relacionan. Esto se logra a través de un análisis lógico, con el fin de apreciar con transparencia la estructura ‘lógica’ de nuestro lenguaje, que yace sumergida o disfrazada bajo la estructura gramatical que acompaña siempre la expresión de las ideas en el lenguaje ordinario. J. Urmson ilustra muy bien los objetivos de este tipo de análisis:

“Si la estructura de la realidad es, idealmente al menos, representada por la estructura del lenguaje, la metafísica del atomismo se sigue de la práctica del ‘análisis a nuevo nivel’ [análisis reductivo] en el seno de un lenguaje extensional. Este análisis es necesario porque, como dijo Wittgenstein, el lenguaje ordinario disfraza el pensamiento, y, por ende, genera problemas espurios sobre la naturaleza de la realidad, ... En un lenguaje ideal la realidad quedaría representada, reflejada, y ninguna confusión se engendraría. A este fin, el ‘análisis al mismo nivel’ [análisis lógico] corrige nuestra sintaxis, y el de ‘nuevo nivel’ deshace la engañosa simplicidad del discurso ordinario al reemplazar las construcciones lógicas por realidades básicas, eliminando los símbolos incompletos”¹².

10 *Ibid.*, p. 65

11 *Ibid.*, p. 67

12 Urmson, J. O. *El análisis filosófico*. Ariel, Barcelona, 1978, p. 53

Como se ve, el análisis a nuevo nivel o reductivo, como también lo llama Urmson, tiene como meta identificar los elementos últimos constitutivos de la realidad, lo básico, a través del lenguaje que los representa. Éste análisis siempre va acompañado de un análisis al mismo nivel, o análisis lógico, con el fin de evitar malentendidos, mejorando la forma de los enunciados.

Hasta aquí solo he presentado un bosquejo bastante sencillo que ilustra la concepción del análisis a la que alude Strawson y que va a rechazar para, en su lugar, proponer el que él mismo ha llamado ‘análisis conectivo’; primero abordaré las objeciones al análisis reductivo.

Para aclarar las objeciones de Strawson al análisis reductivo quiero considerar primero algunos pasajes de la obra de L. Wittgenstein, *las Investigaciones filosóficas* (IF) quien, como señala Strawson, es el pensador que inaugura la crítica contemporánea al análisis reductivo¹³. La crítica de Wittgenstein denuncia el vínculo entre la doctrina metafísica de los elementos y la creencia en el análisis por descomposición como método de clarificación filosófica. Hay dos grupos de párrafos que, en conjunto, constituyen la más severa crítica al análisis reductivo: el primero presenta una evaluación de la tesis que aparece en el *Teeteto* de Platón sobre los elementos y los compuestos, acompañada de una serie de reflexiones en torno a un juego de lenguaje que describe cuadros de colores; estos problemas se desarrollan a partir de (IF) § 46. El segundo ofrece reflexiones sobre distintos juegos de lenguaje donde se involucran proposiciones sobre una escoba y la distinción que podría hacerse entre expresiones analizadas e inanalizadas que se usan para mencionar la escoba; esto se desarrolla a partir de (IF) § 60. A continuación presentaré ambos grupos de argumentos.

Sobre el primero, Wittgenstein cita el fragmento 201e - 202 a-b del *Teeteto*¹⁴ donde Sócrates menciona una teoría que ha escuchado de algunos, según la cual, todas las cosas deben entenderse en términos de elementos primeros que las constituyen, incluidos también nosotros mismos. Según esta teoría los elementos constitutivos sólo pueden nombrarse, mientras que todo lo compuesto a partir de los elementos, puede describirse y explicarse. El discurso (*lógos*) se entiende así como un complejo constituido también por elementos simples que están relacionados con esos ‘elementos primeros’ los cuales, en la esfera de lo fáctico, son constitutivos de todas las cosas. Esta doctrina, criticada allí por Platón, sirve a Wittgenstein como paradigma de una ontología y una lógica comparable a la del atomismo lógico de

13 Cfr. Strawson, Peter F. *Libertad y resentimiento*. Paidós, Barcelona, 1995, pp. 101 -103

14 Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones Filosóficas*. Editorial Crítica, Barcelona, 1988, § 48.

Russell y a la suya en el *Tractatus*. Por eso en (IF) §.47 indica que la pregunta “¿cuáles son las partes constituyentes simples de las que se compone la realidad?” tiene la forma de un problema mal planteado.

Si se piensa, por ejemplo, en una silla o un árbol, podría preguntarse: ¿Cuáles son los elementos simples que componen la silla o el árbol? Por supuesto podrían enumerarse pero esta cuestión “tiene perfecto sentido si se ha fijado ya de qué tipo de composición – esto es, de qué uso peculiar de esta palabra – ha de tratarse.” (IF) § 47. En estos casos concretos hablar de simple y de complejo tiene sentido. Sin embargo, argumenta Wittgenstein, “preguntar ‘¿Es compuesto este objeto?’ fuera de un determinado juego, es parecido a lo que hizo una vez un muchacho que debía indicar si los verbos de ciertos ejemplos de oraciones se usaban en la voz activa o en la pasiva y que se rompía la cabeza pensando si, por ejemplo, el verbo “dormir” significa algo activo o algo pasivo.” (IF) § 47. En este caso ese muchacho no tenía claras las reglas gramaticales que acompañan el uso de los verbos, los tiempos, etc., es decir, los diversos criterios para determinar las posibilidades de conjugación de un verbo en una oración y el sentido de ‘activo’ y ‘pasivo’ en la gramática. Algo por el estilo sucede a quien aplica las nociones de simple y complejo desconociendo las reglas y los criterios que acompañan su uso en juegos determinados donde ambas nociones tengan pleno sentido. Por eso definir simple o complejo fuera de un contexto es como determinar la gramática de una palabra sin tener en cuenta posibles oraciones donde esa gramática se exprese.

Wittgenstein ofrece numerosos ejemplos de casos donde se genera la pregunta por la simplicidad o la complejidad de alguna cosa, desligada de un contexto claro o sin especificar alguna intención, casos que conducen inevitablemente a ambigüedades y confusiones, por ejemplo: ¿es simple un cuadrado del tablero de ajedrez? ¿Es simple o compuesta mi percepción visual de este árbol? En esos casos puede darse y justificarse tanto una respuesta afirmativa como una negativa.

La reflexión sobre el juego de lenguaje que describe cuadros de colores no solo ilustra este tipo de situaciones ambiguas, además sirve para ilustrar la ambigüedad que subyace a la concepción según la cual, la oración o proposición es un complejo de nombres, al que corresponde algún complejo de objetos. El caso es el siguiente: hay distintos cuadrados de color, donde a cada color corresponde una letra¹⁵; una secuencia determinada de cuadrados se describe con una secuencia ordenada de letras. De forma similar se ha entendido nuestro lenguaje: cada palabra corresponde a un objeto, cualidad, relación, etc., por tanto un hecho complejo cualquiera se describe con una secuencia ordenada de palabras, cada una relacionada

15 *Ibid.*

con alguno de los constituyentes del complejo. La pregunta igualmente será: ¿cómo se aplica en esta situación la noción de simple y complejo? ¿Qué es en sí mismo simple o complejo? Cada cuadrado podría tomarse como algo simple en el conjunto de todos los cuadros de color, o como un complejo si se consideran por separado su forma, su color, sus ángulos, líneas, etc. La pregunta sin una intención y un contexto explícitos genera confusiones.

Igual suerte corre esta teoría aplicada a la proposición, lo cual Wittgenstein intenta mostrar con el juego de oraciones involucradas en el caso de la escoba. Si se supone que el lenguaje exhibe rasgos de simplicidad o complejidad inherentes a las cosas, y por otro, se parte de que a través del lenguaje reflejamos la realidad, fácilmente concluimos que así como descomponemos los objetos y los hechos en partes, es posible también descomponer el lenguaje hasta llegar a los elementos primeros que lo constituyen.

Cuando digo: “mi escoba está en el rincón” -¿es éste en realidad un enunciado sobre el palo y el cepillo de la escoba? En cualquier caso podría reemplazarse el enunciado por otro que diese la posición del palo y la posición del cepillo. Y este enunciado es ciertamente una forma más analizada del primero... así pues, quién dice que la escoba está en el rincón ¿quiere realmente decir: el palo está allí y también el cepillo, y el palo está encajado en el cepillo? – si le preguntáramos a alguien si quería decir eso, probablemente diría que él en modo alguno había pensado en el palo en particular ni en el cepillo en particular. Y ésta sería la respuesta correcta (...)¹⁶

Según el argumento podríamos pensar que una proposición que describa los elementos de un complejo, en este caso, la escoba, es una expresión analizada donde se hacen explícitos elementos que están ocultos y sólo se muestran introduciendo en el lenguaje las variantes adecuadas que saquen a la luz lo que no se aprecia con claridad; por ejemplo el hecho de que ‘escoba’ puede descomponerse en palo y cepillo. Hay que insistir en el error que constituye trasladar una posibilidad fáctica, que el objeto escoba se compone en general de un palo y un cepillo, al lenguaje y suponer que una oración que mencione el palo y el cepillo es una forma analizada de otra que sólo mencione la escoba, o que el concepto escoba es susceptible de descomponerse en los conceptos de palo y cepillo; este es el caso típico de una analogía errónea. Wittgenstein insiste en que distintas proposiciones y distintos conceptos sirven a distintos propósitos; por eso podemos imaginar diferentes contextos donde sea necesario mencionar tanto el palo y el cepillo por separado, como otros donde sólo se requiera mencionar la escoba.

16 *Ibid.*, § 60.

Wittgenstein es enfático en denunciar que la pretendida necesidad de un análisis por descomposición para nuestros conceptos y expresiones tiene su fundamento en dos prejuicios: el primero es el esencialismo, la creencia de que hay algo que permanece oculto en nuestras formas de expresión, precisamente la esencia o el fundamento, y sólo un análisis último puede mostrarlo claramente: “Puede llegar a parecer como si hubiera algo como un análisis último de nuestras formas de lenguaje, y así una única forma completamente descompuesta de la expresión. Es decir: como si nuestras formas de expresión usuales estuviesen, esencialmente, aún inanalizadas; como si hubiera algo oculto en ellas que debiera sacarse a la luz”¹⁷. Esto tiene sus raíces en una falsa analogía con las ciencias naturales, donde legítimamente se supone que mientras no se adquiriera una explicación satisfactoria en términos causales, por ejemplo, de los fenómenos físicos, consideramos que algo aún permanece oculto para nosotros, “la causa del fenómeno” o algo por el estilo. El segundo prejuicio es que existen límites claros y definidos en nuestros conceptos y, por tanto, en nuestras expresiones; estos límites se pueden mostrar y aclarar por medio del análisis, delimitación que constituye una adquisición especial, un conocimiento genuino de los conceptos, sus partes y la manera como deberían articularse correctamente en las expresiones; sobre esto volveré en el último numeral del capítulo tercero.

La crítica de Wittgenstein al modelo reductivo enfatiza que no hay razones claras para considerar que el lenguaje y sus conceptos requieran este tipo de análisis que procede por descomposición, y mucho menos que el método de la filosofía deba ser, en ese sentido, analítico. El lenguaje y los conceptos no son análogos a los objetos empíricos y por tanto su estudio no debe emprenderse análogamente al de los objetos de las ciencias de la naturaleza¹⁸.

1.2. Análisis conectivo

Strawson no solo comparte las críticas de Wittgenstein al análisis reductivo, además ofrece una interesante alternativa dado que para el caso de la práctica del análisis conceptual, ese modelo por descomposición carece de aplicabilidad. Por ello se precisa de una forma de análisis que, como bien señala, sea más fructífera y realista para el caso de la actividad filosófica y sus problemas característicos¹⁹.

17 *Ibid.*, § 91

18 “*Las teorías científicas* –comenta Magdalena Holguín– *son hipótesis explicativas de los fenómenos que caen bajo ellas como su objeto. A la filosofía, sin embargo, no le corresponde formular teorías semejantes, sino elucidar conceptos mediante la descripción de sus usos en el lenguaje*”. Holguín, Magdalena. *Wittgenstein y el escepticismo*, *Op. cit.*, p. 22

19 Strawson, Peter F. *Análisis y Metafísica*, *Op. cit.*, p. 63

El nuevo esquema de análisis parte de otros presupuestos en torno a la esfera de lo conceptual. A partir de ahora, señala Strawson, el esquema ‘simple ó complejo’ debe abandonarse junto con sus presupuestos sobre el carácter simple e independiente de los conceptos que nos motiva a considerarlos como análogos a los objetos empíricos cuyas propiedades se pueden estudiar de forma independiente en un laboratorio; se debe atender es a la manera como en nuestra práctica lingüística los conceptos aparecen, y a la posibilidad real que se tiene de ofrecer aclaraciones pertinentes sobre los distintos conceptos que puedan interesarnos. Por tal razón lo único que se debe asumir es que nuestros conceptos son elementos fundamentalmente relacionales, esto es, no se puede perder de vista que un concepto no puede pensarse o concebirse independientemente de otros, por ello lo que acompaña todo concepto es su relación con otros. Así lo expresa Strawson:

“abandonemos la noción de simplicidad perfecta de conceptos... en lugar de ello, imaginemos el modelo de una elaborada red, de un sistema, de elementos conectados entre sí, de conceptos; un modelo en el que la función de cada elemento, de cada concepto, sólo puede comprenderse apropiadamente desde el punto de vista filosófico captando sus relaciones con los demás, su lugar en el sistema. Todavía sería mejor sugerir la imagen de un conjunto de sistemas de este tipo formando todo él un dispositivo mayor”²⁰.

Así entendidos los conceptos se aprecia de forma más clara por qué podría ser más fructífero y realista dejar de lado el modelo reductivo por descomposición para adoptar el que podemos denominar modelo ‘conectivo’ del análisis. Desde esta nueva perspectiva asumimos que poseemos todo un sistema de conceptos conectados entre sí de múltiples formas, las cuales habría que aclarar y explicitar; igual que el gramático hace explícitas las formas como se articulan los distintos elementos gramaticales, el filósofo deberá explicitar la manera como se articulan los distintos elementos conceptuales. La meta del análisis será identificar las diversas conexiones y formas de conexión entre los conceptos de nuestro sistema, por supuesto no de todos sino de aquellos que revistan, para nosotros, especial interés.

2. Conceptos básicos o fundamentales

Strawson considera que la confianza en el análisis reductivo descansa, por una parte, en el éxito de dicha forma de análisis en el campo de las disciplinas científicas, donde permiten nuevos descubrimientos, formas de comprensión y una visión más clara de los fenómenos de interés para la comunidad científica; dicha confianza llevó a considerar al filósofo que ésta forma de análisis podría ofrecer

20 *Ibíd.*

nuevas verdades filosóficas o, al menos, una nueva comprensión de los problemas conceptuales de interés para la comunidad académica²¹. Pero existe además otra razón que justifica el exceso de confianza en el modelo reductivo, que Strawson aborda con gran interés, y es el gran atractivo que, para el filósofo en general, ejercen nociones como: lo básico, lo fundamental, lo último, etc., nociones en dirección de las cuales, se supone, avanza un análisis por descomposición; en otras palabras, nos atrae la promesa de una explicación última en términos de los conceptos que el análisis revela como absolutamente simples. Podemos aceptar, con Strawson, que “estas nociones resultan obviamente atractivas” y que “se encuentran entre las que nos atrajeron inicialmente a la filosofía”²². Sin embargo la dificultad será justificar la presencia efectiva, en nuestro esquema conceptual, de elementos con tales características una vez que hemos renunciado al análisis reductivo.

2.1 El sentido de lo básico o la fundamental.

En *Análisis y metafísica* Strawson ofrece diversas pautas para abordar las nociones de ‘básico’ o ‘fundamental’ en relación con los conceptos y el análisis conceptual. Para enfrentar estas nociones y aclarar el camino que conduce al reconocimiento de conceptos fundamentales, quiero primero hacer eco de la reflexión que encontramos en el escrito de L. Wittgenstein *Sobre la certeza*²³, donde el autor ofrece sólidos argumentos orientados a justificar la presencia efectiva, en nuestro sistema de juicios y creencias, de elementos que actúan como soporte de los demás, esto es, que gozan, para nosotros, la comunidad de hablantes de la lengua, de cierta prioridad; como expresa Wittgenstein, son *los goznes* sobre los que giran otros elementos de la estructura.

Casos ejemplares de este tipo de elementos son las proposiciones que aparecen en el famoso ensayo de Moore *Defensa del sentido común*; allí ofrece una lista de trivialidades cuya verdad cree conocer con toda certeza: “en el momento presente hay un cuerpo humano vivo que es mío. Este cuerpo ha nacido en una época pasada y desde entonces ha existido con continuidad... existía la tierra años

21 Ya Wittgenstein señalaba los inconvenientes de adoptar en filosofía el método de la ciencia como paradigma del quehacer filosófico, “Los filósofos tienen constantemente ante los ojos el método de la ciencia y sienten una tentación irresistible a plantear y a contestar las preguntas del mismo modo que lo hace la ciencia... Quiero afirmar en este momento que nuestra tarea no puede ser nunca reducir algo a algo, o explicar algo. En realidad la filosofía es ‘puramente descriptiva’.” Wittgenstein, Ludwig. *Los cuadernos azul y marrón*. Editorial Tecnos, Madrid, 1976. p. 46.

22 Strawson, Peter F. *Análisis y Metafísica*, *Op. cit.*, p. 65.

23 Wittgenstein, Ludwig. *Sobre la Certeza*. Gedisa, Barcelona, 2000.

antes de que mi cuerpo existiese”²⁴... Para Moore es claro que dichas proposiciones se muestran exentas de toda duda posible, pero tal certeza, según los argumentos de Wittgenstein, no emana del hecho de que tales proposiciones expresan verdades eternas y autoevidentes, sino porque son de tal tipo que están a la base del sistema de creencias que constituye nuestra imagen del mundo; por eso dudar de dichas proposiciones equivaldría a dudar de nuestro sistema completo de juicios, creencias y conceptos lo cual es, de hecho, imposible²⁵. No podemos poner entre paréntesis nuestro sistema, pues incluso la duda razonable, solo tiene sentido, y esta vinculada, con toda una red de creencias; asumimos como un hecho que “algo se nos debe enseñar como fundamento”²⁶.

Los argumentos de Wittgenstein están en estrecha relación con las reflexiones hechas en *Análisis y metafísica*, pues el método de análisis conectivo que Strawson propone para describir sistemática y ordenadamente nuestro bagaje conceptual permite apreciar en qué sentido algunos conceptos de nuestro sistema son ejes sobre los que gira la estructura completa o gran parte de ella. Strawson considera, igual que Wittgenstein, que la metáfora del fundamento es fuente de muchas confusiones filosóficas²⁷, por eso desde el comienzo se debe precisar que el análisis filosófico no aspira a fundamentar teóricamente nada; más aun no se procede bajo el supuesto de hallar algún fundamento último para nuestro esquema conceptual ordinario, no obstante, esto no impide que encontremos elementos que jueguen, para nosotros, un papel especial en el sistema. Cabe entonces preguntar ¿hacia dónde debe orientarse el análisis en la búsqueda de lo básico o lo fundamental? Y ¿Cómo reconocemos un concepto básico o fundamental una vez descartada la idea de simplicidad, propia de un modelo reductivo?

Sobre la primera cuestión la respuesta más fácil y directa, no por eso menos aclaradora, es que el análisis debe orientarse hacia nuestro bagaje conceptual ordinario. Esta respuesta nos libra de malentendidos frente a otras concepciones del análisis donde la noción de lo básico o fundamental, sugiere cierta prioridad que se otorga a unos conceptos sobre los demás en el marco, por ejemplo, de una teoría o disciplina en particular, donde existe una jerarquía conceptual claramente

24 Moore, George E. *Defensa del sentido común y otros ensayos*. Ediciones Orbis S.A., Barcelona, 1983, p. 50.

25 “Cuando empezamos a creer algo, lo que creemos no es una única proposición sino todo un sistema de proposiciones...” “no son los axiomas aislados los que nos parecen evidentes, sino todo un sistema cuyas consecuencias y premisas se sostienen recíprocamente.” Wittgenstein, Ludwig. *Sobre la Certeza*, *Op. cit.*, p. 21c, nn. 141-142

26 *Ibid.*, p. 58c, n. 449

27 Strawson, Peter F. *Análisis y Metafísica*, *Op. cit.*, p. 135

definida. Por ejemplo, en psicología, el concepto de mente puede ser, y de hecho se considera, un concepto fundamental; en lógica, el concepto de inferencia. Pero este no es el tipo de prioridad al que la metafísica descriptiva se orienta. Estos conceptos relevantes para las distintas disciplinas se adquieren a través de una enseñanza explícita, bien sea recurriendo a las definiciones, analogías, explicaciones etc., por eso son conceptos cuyo aprendizaje ‘no acontece en un vacío intelectual’; estos conceptos los formamos sobre la base de “los materiales conceptuales que previamente habíamos adquirido”²⁸ y los vinculamos con nuestro bagaje intelectual previo. Strawson es enfático al señalar que “la adquisición de los conceptos teóricos de las disciplinas especiales presupone, y descansa en, la posesión de los conceptos preteóricos de la vida ordinaria”²⁹. Esto, por supuesto, no pretende restar importancia a los conceptos mas técnicos o especializados que, sin lugar a dudas, nos permiten construir amplias síntesis sobre nuestro mundo de experiencia o nuestros sistemas de juicios y creencias. La importancia de esta distinción radica en que abre la posibilidad de dar cierto orden a nuestros conceptos en términos de prioridad de la siguiente manera:

La habilidad de operar con un conjunto de conceptos puede presuponer la habilidad de trabajar con otro conjunto, pero no a la inversa. En este caso, podemos decir que los conceptos presupuestos son conceptualmente anteriores a los conceptos que los presuponen. Y ello sugiere, según lo que acabo de decir, que los conceptos filosóficamente básicos,..., han de encontrarse entre los que se emplean en el discurso no técnico ordinario, y no entre aquellos conceptos que solo se utilizan en el discurso técnico especializado³⁰.

Así pues, si hay conceptos básicos o fundamentales deben hallarse en nuestro bagaje conceptual ordinario. La dificultad, si apenas obvia, está en que dada la multitud de conceptos que articulan nuestro sistema o esquema ordinario, ¿cómo reconocer allí cuales conceptos son fundamentales y cuáles no? Ésta es la segunda dificultad que mencionaba y que abordaré a continuación.

2.2 Identificando conceptos básicos o fundamentales.

Una vez abandonado el criterio de simplicidad como límite ideal del análisis Strawson propone, en su lugar, tres criterios que pueden orientarnos en el análisis conectivo para identificar conceptos que sean básicos o fundamentales en nuestra red conceptual ordinaria: la generalidad, la irreductibilidad y la no contingencia, criterios que intentaré aclarar en lo que sigue.

28 *Ibíd.*, p. 65

29 *Ibíd.*

30 *Ibíd.*, p. 66.

2.2.1 El criterio de la generalidad.

Es un hecho que nuestra red conceptual aparece en todas nuestras transacciones lingüísticas y en casi todas ellas realizamos referencias explícitas a nuestro mundo de experiencia; en otras palabras, nuestros conceptos ordinarios siempre están ligados a la experiencia a través del juicio o la proposición; estos juicios y proposiciones articulan también un sistema que ponemos en juego cada vez que interactuamos con los otros y con los objetos de nuestro entorno.

No es difícil para nosotros, como usuarios de conceptos, advertir que algunos de ellos tienen una aplicabilidad más amplia que otros, en tanto son considerablemente más numerosos los objetos, cosas o hechos que vinculamos con esos conceptos. Por ejemplo, comparemos los conceptos ‘violín’ e ‘instrumento musical’; como diría Strawson el primero es ‘mucho más concreto que el segundo’, lo relacionamos, puede decirse, con un número más limitado de objetos de experiencia. En cambio el segundo, en relación con el primero, es mucho más general, es decir, en la práctica lo vinculamos con una mayor cantidad de objetos de experiencia. Frente a esos dos el concepto mismo de ‘instrumento’ será mucho más general; aquí podemos introducir objetos manufacturados o no de todo tipo y para un sin número de fines; si pensamos ahora en el concepto de ‘objeto material’ vemos que es bastante general, lo relacionamos con una incontable gama de cosas y objetos de experiencia, posee, en términos de Strawson, una generalidad ‘extrema’.

La generalidad alude entonces a la posibilidad que tienen algunos conceptos de permitirnos, a partir de una amplia aplicabilidad, una visión comprensiva de extensos sectores de la realidad, de nuestro mundo de experiencia; sin embargo, puede suscitarse la siguiente cuestión ¿por qué considerar un concepto altamente general como básico o fundamental en nuestro esquema? y ¿cuál es la importancia de esos conceptos para el análisis filosófico? Ambas cuestiones pueden responderse: estos conceptos que exhiben gran generalidad nos permiten apreciar diferentes rasgos característicos de nuestra estructura conceptual, por ejemplo, en el caso anterior, que poseemos una red amplísima de conceptos de objetos materiales. Strawson resalta el hecho de que habitualmente no tenemos ocasión de utilizar una clasificación tan comprehensiva como la que nos proporciona esta clase de conceptos altamente generales; si el análisis filosófico persigue estos conceptos ordinarios no es con el objetivo de reclamar ‘el sentido’ o ‘el uso’ genuinamente filosófico de estos conceptos; nuestra intención es puramente descriptiva. Identificar conceptos con un alto grado de generalidad nos permite “hacer clasificaciones más generales que las que ordinariamente tenemos ocasión de hacer”³¹ y, por ejemplo, advertir

31 *Ibid.*, p. 68

rasgos importantes de nuestra ontología. Quiero ampliar este último aspecto que Strawson trata extensamente en el capítulo tercero dedicado a Moore y Quine pues ambos pensadores, según Strawson, ofrecen una reflexión orientada a delimitar conceptos de extrema generalidad que, por cierto, adopta la forma de una reflexión sobre los rasgos fundamentales de nuestra ontología. Sólo haré referencia al caso de Moore.

Strawson parte de una afirmación de Moore que aparece en el texto *Some main problems in philosophy*, publicado en 1953: “el primer y más importante problema de la filosofía es este: dar una descripción general de todo el universo”³². Según aclara Strawson “el problema que tiene en mente Moore es el de cuáles son las clases más importantes de cosas que hay, o que existen, o que se sabe o se piensa que es probable que haya o que existan; y, todavía más, cómo se relacionan unas con otras o cómo se las ha de definir”³³. Aunque no tendría sentido, según Strawson, preguntar por los géneros más importantes de cosas que existen sin algún trasfondo de supuestos, o alguna indicación sobre el interés o el tipo de investigación pertinente, lo que nos interesa es apreciar cómo puede ser relevante lo que Moore llama el punto de vista del sentido común para una metafísica descriptiva y qué relación guardan los géneros que Moore propone con el criterio de la generalidad.

Sobre la primera cuestión, el punto de vista del sentido común alude a expresiones, frases e ideas que cualquier lector u oyente ordinario estaría dispuesto a aceptar, y que no conllevan, de hecho, ambigüedades o desplazamientos de sentido en su uso. Se refiere pues a expresiones y conceptos ordinarios, compartidos por una comunidad de hablantes de una lengua y allí, como ya se señaló, es que dirige sus esfuerzos el metafísico descriptivo. Sobre la segunda cuestión es fácil advertir que la reflexión de Moore sobre las clases de cosas más importantes que hay, a saber, los objetos físicos o materiales y los ‘actos o estados de conciencia’, exhiben una clasificación de extrema generalidad pues ofrece conceptos que vinculamos con un sin número de hechos o estados de cosas. Esta reflexión de Moore coincide en intenciones y alcances con la del filósofo analítico, en que pretende develar los aspectos más generales de nuestra ontología.

Strawson prefiere el estilo conceptual de hablar sobre los alcances, límites e intereses del análisis, frente al estilo ontológico o metafísico de Moore, pues el primero nos permite tener un control más firme de nuestro propio proceder filosófico, pues preguntar por las clases más importantes de cosas que existen puede

32 *Ibid.*, p. 74

33 *Ibid.*, p. 75

involucrar supuestos y creencias que no se hacen explícitas y que, sin embargo, están en juego y condicionan el resultado del análisis. Preguntar por los conceptos más generales de nuestro esquema nos deja mejor situados para evaluar y advertir dichos presupuestos, si se tiene una imagen clara de cómo funcionan nuestros conceptos al interior de nuestro esquema, cuales son y cómo se relacionan entre sí. En todo caso las preguntas y reflexiones de Moore son un ejemplo claro del proceder filosófico orientado a la descripción de los rasgos más generales de nuestra ontología por tanto la diferencia con dicho pensador, como sugiere Strawson, no es tan grande como pudiera parecer. Las nociones de ‘objeto material’ y ‘estado de conciencia’ que Moore propone nos permiten reconocer que “hay conceptos y tipos de conceptos de elevada generalidad, que están omnipresentes en nuestro pensamiento y nuestro discurso sobre el mundo; que no hay de hecho casi ninguna porción de ese pensamiento y ese discurso que no los ilustren o los presupongan”³⁴.

2.2.2 El criterio de la necesidad o no contingencia.

La noción de ‘necesidad’ o ‘no contingencia’, en relación con el ámbito de lo conceptual, es difícil de precisar ya que no hay unanimidad sobre el uso que debe tomarse en consideración cuando se utiliza en contextos decididamente filosóficos. Strawson sugiere que con la pregunta ‘¿cuáles conceptos son necesarios?’ lo que pretendemos es preguntar: “¿cuál es la estructura conceptual mínima que subyace a todo nuestro discurso y pensamiento ordinario?”, entendiendo por mínima el que sin dicha estructura no podría producirse discurso o pensamiento en absoluto. Para entender mejor la perspectiva que propone Strawson se debe aclarar cómo se aplican a la esfera de lo conceptual las nociones de ‘necesidad’ y ‘contingencia’. Hay dos sentidos en los que puede entenderse la pregunta por los límites de la contingencia. Primero “una proposición es contingente, si en estricta lógica su negación no genera una autocontradicción, incluso aunque su negación sea obviamente falsa”³⁵; por ejemplo, es contingente que existan los seres humanos, y en este sentido, es contingente que se use el concepto de humanidad, alma, etc. El segundo es un sentido ‘más fuerte’, y es el que cobra, para nuestros fines, mayor relevancia.

Comencemos haciendo el ejercicio, que propone Strawson, de imaginar que ciertos conceptos o grupos de conceptos, que de hecho poseemos y son importantes en nuestro esquema de cosas, no jugaran ningún papel en nuestra imagen del mundo o en nuestra concepción de la experiencia de ese mundo. Consideremos el concepto de ‘color’, que propone el autor, y el de ‘experiencia visual’ en general.

34 *Ibid.*, p. 77

35 *Ibid.*, p. 69

Según el argumento de Strawson “podemos, o parece que podemos, forjarnos una concepción perfectamente inteligible y coherente de un tipo de experiencia de la que está ausente un determinado rasgo, y por consiguiente, también el concepto de dicho rasgo”³⁶. En este caso es posible concebir una experiencia del mundo donde no juegue ningún papel la visión y el color, y puede pensarse que dichos conceptos y otros que vinculamos con estos, son conceptos de los que podríamos prescindir en nuestro sistema.

Según lo anterior podemos decir que el concepto de ‘color’, ‘visión’, y toda la red conceptual vinculada con estas nociones es contingente ya que la idea de un mundo sin color y formas visuales no es autocontradictoria; es además perfectamente inteligible para nosotros pues aquí “no sentimos que nuestra concepción de nosotros mismos como seres pensantes y como sujetos de experiencia esté en peligro”³⁷. Sin embargo, como advierte Strawson, “parece improbable que no haya límites a esta clase de desmonte conceptual de nuestra experiencia, y que más allá de esos límites se desvanezca nuestra concepción misma de la experiencia. Es decir, parece probable que nuestra experiencia tenga rasgos estructurales esenciales a cualquier concepción de la experiencia propia de seres humanos auto-conscientes”³⁸. El procedimiento consiste en desmontar porciones de nuestro sistema conceptual y evaluar la coherencia que exhibe para nosotros dicho esquema de cosas en ausencia de esos conceptos que desmontamos; si en ausencia de ellos nuestro esquema de cosas pierde coherencia, se vuelve ininteligible, con seguridad nos encontramos frente a conceptos necesarios en nuestro sistema.

Strawson, para ilustrar la posibilidad de identificar dichos límites, recurre a un eminente filósofo cuya reflexión se orienta en este mismo sentido del análisis; fue Kant, quien según Strawson, llevó a cabo el esfuerzo más serio y decidido por establecer la necesidad de una cierta estructura conceptual mínima. En la *Crítica de la razón pura*, como es bien sabido, Kant pretende exhibir cuales son los límites de nuestra facultad de conocer, esto es, los límites en los que se enmarca nuestra experiencia del mundo natural. Para ello, en la estética trascendental, propone y realiza el ejercicio de desmontar todo lo que en dicha experiencia encontramos de contingente. Como resultado de ese ‘desmonte’ conceptual Kant llega a las nociones de espacio y tiempo que, tal parece, no pueden ser suprimidas pues se hallan a la base, como condición de posibilidad, de cualquier juicio de experiencia posible.

36 *Ibid.*, p. 70

37 *Ibid.*

38 *Ibid.*

Los siguientes fragmentos de la *Crítica de la razón pura* exhiben su esfuerzo por trazar límites en el sentido que aquí nos interesa:

(...) para poner ciertas sensaciones en relación con algo exterior a mí (es decir, con algo que se halle en un lugar del espacio, distinto del ocupado por mí) e, igualmente, para poder representármelas unas fuera o al lado de otras y, por tanto, no solo como distintas, sino como situadas en lugares diferentes, debo presuponer de antemano la representación del espacio³⁹.

(...) jamás podremos representarnos la falta de espacio, aunque si podemos muy bien pensar que no haya objetos en él. El espacio es, pues, considerado como condición de posibilidad de los fenómenos, no como una determinación dependiente de ellos, y es una representación a priori en la que se basan necesariamente los fenómenos externos⁴⁰.

Obsérvese que Kant es enfático en que la concepción de una experiencia sin espacio o de un mundo sin espacio es, desde todo punto de vista, contradictoria e incoherente; el espacio se presupone, está como condición de posibilidad y sirve de base a cualquier otro concepto de lo externo, o lo que es lo mismo, del mundo empírico. De manera semejante procede Kant con la noción de tiempo:

(...) es una representación necesaria que sirve de base a todas las intuiciones. Con respecto a los fenómenos en general, no se puede eliminar el tiempo mismo... sólo en él es posible la realidad de los fenómenos. Estos pueden desaparecer todos, pero el tiempo mismo (en cuanto condición general de su posibilidad) no puede ser suprimido⁴¹.

Estos breves pasajes ilustran bien un caso de metafísica descriptiva que ofrece como candidatos a conceptos básicos, las nociones de espacio y tiempo; ninguna puede ser desmontada de nuestro esquema sin que éste se torne incoherente o sea ya ininteligible. Kant constituye un ejemplo ilustre de esa tradición metafísica que ha intentado ofrecer un panorama claro de los rasgos fundamentales de nuestro esquema de cosas trazando los límites de la contingencia.

Lo anterior exhibe una concepción de la estructura conceptual fundamental ‘más fuerte’ que aquella que ofrece Moore orientada exclusivamente por el aspecto de la generalidad. Dado que los conceptos que poseemos no pueden significar nada para nosotros a no ser que se relacionen, directa o indirectamente, con una posible experiencia en la que puedan aplicarse en un juicio⁴², el calificativo de ‘necesario’ o

39 Kant, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Alfaguara, Madrid, 1998, p. 68.

40 *Ibid.*

41 *Ibid.*, p. 74.

42 “no es tan solo que sin experiencia de lo real no debiéramos poder formar creencias verdaderas sobre lo real; se trata de que los conceptos mismos en cuyos términos formamos nuestras creencias primitivas –las fundamentales o menos teóricas– adquieren sentido para nosotros en la medida en que son conceptos que juzgaríamos que se aplican en situaciones de posible experiencia”. Strawson, Peter F. *Análisis y Metafísica*, Op. cit., p. 101.

‘no contingente’ se puede usar para caracterizar aquellos conceptos que juegan algún papel en la conformación de todos, o casi todos, nuestros juicios o creencias.

De todas formas, como sugiere Strawson, ambas concepciones, la más fuerte y la más débil, en torno a la estructura conceptual que efectivamente poseemos, aunque suscitan dificultades, orientan positivamente el análisis. Ya, de por sí, constituye un reto identificar los rasgos más generales de nuestra estructura conceptual, se pueda o no mostrar que son rasgos necesario o no contingentes de cualquier concepción humanamente inteligible de la experiencia.

2.2.3 El criterio de la Irreductibilidad.

Para comprender qué significa que un concepto es irreducible, y cómo un concepto así puede ser básico o fundamental, es preciso retomar la distinción que nos ocupó al inicio de este artículo entre el análisis reductivo y el conectivo, ya que la irreductibilidad está estrechamente ligada al problema del método. Recordemos que el análisis reductivo, en términos generales, pretende develar los elementos simples de los que se compone lo complejo. Desde esta concepción, un concepto será irreducible si no es susceptible de ser descompuesto, es decir, la simplicidad conceptual coincide con la irreductibilidad. En el modelo de análisis conectivo, donde no tiene lugar la distinción complejo–simple, la irreductibilidad adquiere otra connotación. Para aclarar cómo puede entenderse la irreductibilidad en el modelo conectivo se debe recurrir a la noción de circularidad.

Strawson ilustra cómo la idea de circularidad aparece, en principio, vinculada al modelo reductivo del análisis, como una fórmula útil para ejercer control sobre un grave inconveniente que puede surgir en el proceso de descomposición conceptual. Un análisis es circular cuando:

el filósofo ha incluido entre los elementos de su análisis, aunque puede tal vez que de una forma encubierta... el concepto mismo que dice que analiza... Si lo que tenemos presente es el modelo de análisis mediante la descomposición de una estructura compleja en sus elementos más simples, en un proceso que termina únicamente cuando se alcanzan las piezas que no pueden ser ellas mismas desmontadas, nos encontramos con que el proceso de descomposición ni siquiera ha comenzado a llevarse a cabo cuando una de las presuntas piezas resulta ser, o contener, la cosa misma, el concepto mismo, que había que desarmar⁴³.

La situación es del todo diferente en lo que respecta al modelo conectivo; aquí se aprecia fácilmente que la acusación de circularidad pierde fuerza, pues el análisis

43 *Ibíd.*, p. 63.

se orienta a exhibir las relaciones entre conceptos en términos de sus conexiones con otros conceptos; así, a la hora de explicar un concepto, la circularidad puede presentarse con frecuencia sin ser esto un indicador de fallas en el procedimiento. Por ejemplo, “podríamos llegar a la conclusión de que es imposible elucidar completamente el concepto de conocimiento sin hacer referencia al de percepción sensorial; y que no cabe explicar todas las características del concepto de percepción sensorial sin hacer mención al de conocimiento”⁴⁴. Con base en lo anterior, Strawson propone redefinir la irreductibilidad como la circunstancia de que un concepto no pueda definirse, sin circularidad, en términos de aquellos otros conceptos con los que se halla necesariamente relacionado⁴⁵.

La irreductibilidad como criterio para identificar conceptos básicos o fundamentales no es fácil de ilustrar en la historia de la filosofía pues la tradición filosófica en general adopta un estilo de análisis reductivo. Strawson mismo no ofrece algún caso que ilustre un análisis conceptual orientado por la búsqueda de elementos irreductibles, sin embargo usaré algunos apartes de su capítulo ‘*La experiencia sensible y los objetos materiales*’⁴⁶ dedicado a la noción de ‘objeto material’, con el fin de ilustrar un posible caso de irreductibilidad conceptual en la misma filosofía de Strawson.

Según el autor, es fácil advertir la estrecha relación de este concepto, que posee una generalidad extrema, con las nociones de espacio y tiempo. El autor señala cómo nuestra experiencia de objetos materiales se caracteriza por ser una experiencia espacio – temporal, esto es, una experiencia desde una región central, la que ocupa el sujeto que tiene la experiencia, y que se extiende desde su perspectiva; todo objeto que ocupe un lugar en esta perspectiva es un objeto material. Dicha experiencia, para nosotros, implica además un sentido del pasado y del futuro, esto es, conciencia de la memoria y la expectativa que rodean ese centro en el que ocurren las experiencias. Como bien señala Strawson, inevitablemente debemos recurrir al concepto de experiencia, más precisamente, nos vemos obligados a introducir la idea de ‘experiencia sensible’ siempre que pensemos o hablemos de objetos materiales. La noción de ‘experiencia’ juega un papel central, para nosotros, a la hora de aclarar conceptos como ‘conocimiento’ y ‘verdad’, pues dicha experiencia se considera la fuente de los juicios objetivos sobre el mundo, juicios que, para nosotros adquieren valor de verdad y que en buena medida constituyen ‘el canon’ de realidad que se adopta para corregir a los demás; este canon son las adscripciones de cualidades sensibles que se asocian a condiciones normales de observación⁴⁷.

44 *Ibid.*, p. 64.

45 *Cfr. Ibid.*, p. 67.

46 *Ibid.*, p.109.

47 *Cfr. Ibid.*, p. 117.

La experiencia del mundo, propia de un sujeto que usa conceptos, y que construye juicios sobre el mundo, es una experiencia “que se extiende en el tiempo desde un cierto punto de vista espacial... esta es la forma más general de la noción de percepción sensible”⁴⁸. En líneas generales podemos decir que poseemos un concepto de experiencia “que acontece en el tiempo y cuyo carácter depende de una determinada distribución espacio – temporal de rasgos objetivos, relacionada con una cierta región espacio – temporal central; la región ocupada por el sujeto”⁴⁹. Estos elementos, aunque son necesarios, no son suficientes para que alguien tenga experiencia sensible, es decir, no es suficiente estar ubicado en el espacio y en el tiempo y responder sistemáticamente a su entorno, esto sucede también en el caso de las plantas y aparatos de medición sobre los cuales no aceptaríamos posiblemente el juicio de que tienen experiencia sensible; tal vez diríamos que son sensibles a estímulos, pero esto no coincide con nuestro propio concepto de experiencia. En nuestro caso hablamos de “algo cuya sensibilidad adopta la forma de conocimiento consciente de su entorno. Estamos hablando de sujetos que emplean conceptos para formar juicios sobre el mundo, juicios que resultan de la experiencia tenida en la percepción sensible”⁵⁰.

Como se ve, el elemento conceptual es fundamental en tanto nuestros conceptos y juicios dan sentido y configuran nuestra experiencia perceptiva. Lo que sostiene Strawson es que nuestra experiencia sensible se compone tanto de los rasgos objetivos, de carácter espacio – temporal, que colman nuestros conceptos, como de los conceptos ordinarios, comunes o preteóricos, que condicionan el carácter de la experiencia misma: “la experiencia perceptiva debe ser causalmente sensible al mundo que hay a nuestro alrededor; y también he señalado que se halla plenamente impregnada de los conceptos que empleamos al formar juicios perceptivos sobre el mundo. Pero es claro igualmente que si esos juicios han de ser verdaderos en general, los conceptos utilizados en ellos deben ser, en general, conceptos de géneros de cosas que están realmente en el mundo y conceptos de propiedades que esas cosas realmente tienen.”⁵¹

A partir de las líneas de conexión que Strawson describe entre estos conceptos se deduce que la noción de ‘experiencia’ está estrechamente vinculada, primero, con el hecho de ser afectados por un mundo objetivo, un mundo que se caracteriza por objetos que guardan entre sí relaciones de carácter espacio – temporal; segundo, con el hecho de poseer un bagaje conceptual que se pone en juego cada vez que se

48 *Ibid.*, p. 110.

49 *Ibid.*, p. 111.

50 *Ibid.*, p. 112.

51 *Ibid.*, p. 114

construyen juicios sobre ese mundo objetivo y que son condición de posibilidad de una experiencia perceptiva propia de seres humanos maduros.

Regresemos ahora al criterio de la irreductibilidad por el cual recurrí, para efectos de claridad, al análisis que realiza Strawson sobre el concepto de ‘objeto material’. Tenemos que dicho concepto es irreductible, pues su elucidación exige el concepto de experiencia que, como se vio, al tratar de ser definido, nos conduce de nuevo a la noción de objeto espacio – temporal perceptible, esto es, de ‘objeto material’. Aquí se ilustra un caso típico de irreductibilidad conceptual donde la circularidad, en vez de ser dañina para el análisis, es reveladora ya que exhibe la relevancia de un conjunto entero de nociones que siempre están entrelazadas en nuestra forma ordinaria de hablar y de pensar y que se soportan mutuamente.

3. Conclusión

En este artículo he procurado reconstruir la forma que adopta el análisis filosófico y el objeto propio de ese análisis según se concibe y pone en práctica en la obra de P. F. Strawson; concepción del quehacer filosófico que el autor caracteriza como “metafísica descriptiva”. Una metafísica descriptiva se ocupa de nuestro esquema conceptual ordinario, no de todos nuestros conceptos sino de aquellos que exhiben el status de básicos o fundamentales al interior de nuestro esquema; estos se reconocen por su gran generalidad, irreductibilidad y su ‘no contingencia’. El propósito de la metafísica descriptiva es finalmente obtener una visión clara de las conexiones entre dichos conceptos básicos y otros conceptos de nuestra red y del empleo que hacemos ordinariamente de dichos conceptos.

Bibliografía

1. BURTT, E. A. “Descriptive metaphysics”, in: *Mind*, Vol 73, 1963.
2. FREGE, Gottlob. *Sobre sentido y significado*, en: *Escritos lógico-semánticos*. Tecnos, Madrid, 1974.
3. GLOUBERMAN, M. *Doctrine and method in the philosophy of P. Strawson*, en: *Philosophy and phenomenological research*, Vol. 36, N°. 3. March, 1976.
4. HAHN, Lewis E. *The philosophy of P. F. Strawson*. The library of living philosophers, Vol. 25. Open Court, Illinois, 1998.
5. HOLGUIN, Magdalena. *Wittgenstein y el escepticismo*. Editorial Universidad del Valle, Santiago de Cali, 1997

6. KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Alfaguara, Madrid, 1998.
7. MOORE, George E. *Defensa del sentido común y otros ensayos*. Ediciones Orbis S.A., Barcelona, 1983.
8. RUSSELL, Bertrand. *Análisis Filosófico*. Paidós, Barcelona, 1999.
9. SKIDELSKY, Liza. *Análisis Filosófico: Strawson entre Wittgenstein y Quine*. Dianoia, Universidad de Buenos Aires, 2003
10. STRAWSON, P. F. *Análisis y metafísica*. Paidós, Barcelona, 1992.
11. STRAWSON, P. F. *Ensayos lógico-lingüísticos*. Tecnos, Madrid, 1983
12. STRAWSON, P. F. *Entity & Identity and other essays*. Clarendon Press, Oxford, 1997.
13. STRAWSON, P. F. *Individuos*. Taurus Humanidades, Madrid, 1989.
14. STRAWSON, P. F. *Libertad y resentimiento*. Paidós, Barcelona, 1995
15. STRAWSON, P. F. *The Bounds of Sense*. Routledge, New York, 2005.
16. URMSON, J. O. *El análisis filosófico*. Ariel, Barcelona, 1978.
17. WITTGENSTEIN, Ludwig. *Los cuadernos azul y marrón*. Editorial Tecnos, Madrid, 1976.
18. WITTGENSTEIN, Ludwig. *Investigaciones Filosóficas*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1988.
19. WITTGENSTEIN, Ludwig. *Sobre la Certeza*. Gedisa, Barcelona, 2000.